

lo lo constituirá el asentimiento de las poblaciones y no el hecho brutal de la fuerza.

### III.

Federico es un incrédulo; Catalina es peor que un ateo. Lógicamente no es posible pedir el sentido de lo justo á los que no conocen más Dios que la *ocasion*, es decir, la fortuna, la casualidad. Con un poco de indulgencia, despues de haberlos censurado, acabará uno por compadecerse de ellos. Pero hay una princesa piadosa, y su piedad es sincera. Gran satisfaccion causaria el ver que la religion inspira mejores sentimientos que la incredulidad y el ateismo. Pero la verdad nos obliga á decir que la influencia del cristianismo sobre los príncipes en el siglo XVIII es nula. Nos engañamos. Siendo la religion que profesan la condenacion patente de sus acciones, se ven precisados á disimular, á fin de poner, al ménos en apariencia, su política en armonía con su creencia. Hé aquí cómo la hipocresía llegó á ser una necesidad de su posicion. Ahora bien, la hipocresía no añade, que sepamos, nuevas bellezas al maquiavelismo, del cual es pariente muy próximo. Por nuestra parte preferimos la actitud audaz de Catalina II á las lágrimas afectadas que vertió María Teresa por la suerte de la Polonia.

Empecemos por establecer los hechos. Los archivos austriacos no se han abierto aún á la ciencia; tenemos, pues, que contentarnos con lo que nos dice Federico. Sabemos que la ocupacion de Zips y de algunos señoríos adyacentes dió al rey de Prusia el pretexto del tratado de reparto que hizo con Rusia. ¿Había habido ya negociaciones con la córte de Viena? Lo ignoramos. A las primeras proposiciones oficiales de Federico, María Teresa hizo presentes las dificultades de la ejecucion; dificultades tales que era casi imposible establecer una igualdad perfecta entre las partes correspondientes á las tres potencias. Ni una palabra en favor del derecho, ni una reserva, ni una protesta. Por el contrario, la dificultad presentada por el Austria implicaba el consentimiento en el reparto; no faltaba más que ponerse de acuerdo respecto de la

manera de llevarlo á cabo. Este escrúpulo, si tal nombre merece, era como los que ocurren á veces á los Cartouches y compañía. Federico no se apuró por aquella aparente resistencia; conocia, segun decia, un medio muy sencillo de vencerla, que era ofrecer á la córte de Viena la orilla del Estado de Venecia que corta las posesiones austriacas de Trieste (1). El medio es digno de los repartidores de la Polonia. ¿Para excitar á un reparto proponian otro!

Por mala opinion que tuviese Federico de la córte de Viena, se engañó. La resistencia de la emperatriz-reina no era más que fingida; accedió al tratado «á fin, dice, de conservar por medio de este reparto el equilibrio entre las tres potencias.» Recordamos que Federico habia invocado el *equilibrio* despues que los Austriacos se habian apoderado de una parte de Polonia. Ahora el Austria invoca á su vez el *equilibrio* para consumir el reparto. ¿Qué comedia! ¿Qué entendia por equilibrio María Teresa? En el acta de accesion lo dice: una igualdad perfecta en el reparto. Cuando se trató de trazar el reparto, la emperatriz-reina olvidó el *equilibrio* y la *igualdad*, y pidió simplemente el tercio de la Polonia. Esta peticion pareció exorbitante en Berlin y enorme en San Petersburgo. Federico nos lo dice (2). El rey de Prusia ignoraba todavía que Sus Majestades imperiales eran otros Gargantuas. El embajador de Rusia en Viena escribe á su córte: «El ministerio ha cambiado enteramente de sistema, y léjos de querer oponerse ya á nuestros planes, no desea más que entenderse en todo con nosotros y con el rey de Prusia.» A continuacion viene un testimonio precioso de esta buena inteligencia: «El príncipe de Kaunitz me ha dado á entender que suponía que no se habria escapado á la penetracion de Vuestra Excelencia, que al adoptar el sistema del reparto, con objeto de no turbar el equilibrio de los Estados, no era necesario circunscribirse únicamente á la Polonia; que en el caso en que ésta no diese bastante tela para hacer un reparto igual entre las tres córtes, habria manera de quitar algun terreno á álguien que lo tenía de sobra, es decir, añade el diplomático ruso, al

(1) FEDERICO II, *Memorias de 1763 á 1775*, (Obras, t. VI, p. 37.)

(2) *Memorias de 1763 á 1775*, p. 44 y 45.

*imperio turco*» (1). Hemos admirado la poca aprension de Federico que, para inclinar al Austria al reparto, queria darle un pedazo de la república de Venecia. ¿Qué diremos del príncipe de Kaunitz? Tanto se ha aficionado al reparto, que quiere repartir el imperio otomano, siempre por amor al equilibrio.

Tales son los hechos. Revelan una avidez digna de los Hapsburgos. Sin embargo, si hemos de creer á María Teresa y á su ministro, el Austria no cedió más que á una especie de violencia moral. María Teresa escribió por su propia mano sobre el proyecto de reparto: «Aprobado, puesto que lo quieren tantos nombres de espíritu eminente. Pero cuando yo ya no exista, se reconocerán los resultados de la violacion de todo lo que hasta hoy ha sido considerado como justo y sagrado» (2). Nobles palabras y al parecer bien sentidas. Si María Teresa se hubiese limitado á esta dolorosa protesta, se hubiera podido creer que, á pesar de firmar el acta fatal, la reprobaba. El lujo, la ostentacion de su dolor, nos lo hacen sospechoso. Citemos en primer lugar una carta de la emperatriz-reina al príncipe de Kaunitz: «Cuando todos mis Estados estaban invadidos, y yo no sabia á dónde retirarme para dar á luz el hijo que llevaba en mi seno, me apoyé en mi derecho y en la proteccion de Dios. Pero en este asunto de Polonia, el derecho clama contra nosotros; la equidad y la razon están contra nosotros. Jamas he sufrido tales tormentos; tengo vergüenza de que me vean. ¡Qué ejemplo damos al mundo! ¡Por un miserable pedazo de tierra sacrificamos nuestro honor y nuestra reputacion! Pero veo que nadie opina como yo, y ya no tengo mi antiguo vigor. Por esto dejo que sigan la cosas como van, pero no sin que me afecten profundamente» (3). El recuerdo que invoca María Teresa de los tiempos en que, atacada por la Europa entera, salió victoriosa de aquella lucha desigual, gracias á su buen derecho y al favor de Dios, es tan verdadero, que parece imposible que todo esto sea una comedia. Sin embargo, cuando se comparan las palabras de la emperatriz con sus actos, es difícil no creer en un

(1) *Memorias y actas relativas al reparto de Polonia*, por el baron GOERTZ, p. 176, 180.

(2) *Zeitgenossen*, t. XI, p. 29.

(3) HORMAYEB, *Taschenbuch*, 1831, p. 66.

disimulo llevado hasta un punto que mereceria un nombre más severo. ¿No era el Austria la primera que habia ocupado una parte de la Polonia? ¿Quién la obligaba á ello? ¿Luego preferia aquel miserable pedazo de tierra á su honor! ¿Cuando se procedió al reparto, la corte de Viena pidió el tercio de la Polonia, y propuso desmembrar la Turquía! Repetimos: ¿quién la obligaba? ¿Por qué no se ha abstenido? Podia haber hecho más, podia haber salido á la defensa de los desgraciados Polacos, haber apelado á la Francia, su aliada íntima. No hizo nada de esto; muy al contrario, ocultó cuidadosamente las negociaciones á la corte de Versalles. ¿Cómo conciliar tan ávida codicia con el disgusto afectado por María Teresa? La contradiccion es completa, y en vano buscamos una explicacion que pueda salvar el honor de la piadosa emperatriz. Sigamos escuchando las lamentaciones públicas que acostumbraba hacer. El lector juzgará.

Estaba ya consumado el reparto, cuando el baron de Breteuil llegó á Viena como embajador de Francia (1). Desde sus primeras entrevistas con sus Majestades Imperiales, José II descubrió el secreto de la política austriaca, que por otra parte no era un secreto más que para aquellos que no querian ver claro: «Le parecia, dice, que todo hombre debia querer y pensar siempre en aumentar su hacienda.» Hé aquí la moral de la casa de Austria. La emperatriz se empeñaba, sin embargo, en justificarse á los ojos de la corte de Versalles de la conducta más que dudosa que habia seguido en la cuestion del reparto. Despues de varios razonamientos embrollados, dice el diplomático frances, viendo que M. de Breteuil no le ayudaba, exclamó con el acento del dolor: «Yo sé que he echado una gran mancha sobre mi reinado con lo que acaba de hacerse en Polonia; pero os aseguro que me lo perdonarian, si se supiese hasta qué punto me he resistido, y cuántas circunstancias se han reunido para violentar mis principios y mis resoluciones contra todas las miras inmoderadas de la injusta ambicion de rusos y prusianos.» En vano preguntamos cuáles son

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. VII, p. 125, 128.—DE SAINT-PRIEST, *El Reparto de la Polonia*. (*Revista de Ambos Mundos*, 1849, t. IV.)